

La hora del juicio de Dios ha llegado - Número uno

El juicio de los vivos y el significado profético del 11 de septiembre

Jeff Pippenger

2024-12-18

Desde hace bastante tiempo, de hecho, desde inmediatamente después del 9/11, hemos enseñado de manera constante que el juicio de los vivos comenzó el 9/11. Comprendimos este hecho a partir de una multitud de testimonios bíblicos, que lo respaldaban desde perspectivas completamente diferentes. Desde julio de 2023, hemos comprendido aún más detalles del juicio de los vivos, que comenzó el 9/11, en comparación con los detalles descubiertos poco después del 9/11. ¿Por qué comenzó el juicio de los vivos el 9/11? ¿Qué es el juicio bíblico de los vivos?

En el primer capítulo del libro de Apocalipsis, la característica principal identificada de Cristo es que Él es el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin, el Primero y el Último. Él ofrece un ejemplo de ese mismo atributo de Su carácter cuando le ordenó a Juan escribir las cosas que fueron, y al hacerlo Juan también estaría escribiendo las cosas por venir. Jesús siempre ilustra el fin con el principio. Así es Él.

La Biblia identifica a Jesús como el Verbo. El primer libro de la Biblia, Génesis, significa 'principio'. El último libro de la Biblia es Apocalipsis, y las verdades presentadas por primera vez en Génesis se abordan en Apocalipsis. Génesis es el Alfa y Apocalipsis es la Omega, y juntos son el Verbo, y el Verbo es Jesús, quien es el Alfa y la Omega. La firma de Dios, o sea, su nombre, está inscrita en cada pasaje de la profecía bíblica. Esa firma confirma que la luz del pasaje es verdad.

Si una interpretación de un pasaje profético no lleva la firma de Dios, que es su nombre, que es su carácter, entonces la interpretación es incorrecta. Hay otras pruebas que deben aplicarse al interpretar la Palabra profética de Dios, pero, sea cual sea la prueba que una persona aplique, la prueba debe estar definida dentro de la Palabra de Dios. Si no hay pruebas de origen humano, hay menos interpretaciones de origen humano. Entonces, ¿por qué? ¿Y qué? ¿Es el juicio bíblico de los vivos que comenzó el 9/11?

Cuando Cristo se presenta en el libro de Apocalipsis, se identifica como el principio y el fin, y usa al profeta Juan para ilustrar lo que representa ese atributo de Su carácter. Él identifica el mensaje de todo el libro como una revelación de Sí mismo. Él le ordena a Juan que escriba lo que entonces existía en el mundo de Juan, y al hacerlo, Juan estaría registrando lo que será al fin del mundo. Juan fue uno de los doce líderes al comienzo de la iglesia cristiana, y por lo tanto Juan está ilustrando el final de la iglesia cristiana, representado por los ciento cuarenta y cuatro mil y la gran multitud en el capítulo siete de Apocalipsis.

La lógica bíblica es esta: Jesús es la Palabra, por la cual todas las cosas fueron creadas, la Palabra que siempre ha existido con Su Padre, y Él también es la Biblia, pues Él es la Palabra de Dios. El

primer atributo del carácter de Cristo que se introduce en el último mensaje de la Palabra de Dios es que Él ilustra el fin de una cosa con el principio de esa misma cosa. Si esta verdad sobre el carácter de Dios no se aplica al estudio de la Biblia de una persona, no podrá saber realmente qué es el juicio de los vivos, y por qué comenzó el 9/11, y, más importante aún, por qué está casi por terminar.

Como ejemplo del principio de Alfa y Omega, el Israel antiguo tipifica al Israel moderno, lo cual es una verdad profética que también puede identificarse como: el Israel literal tipifica al Israel espiritual. No importa cómo se exprese, tanto el Israel literal antiguo como el Israel espiritual moderno tienen una historia de principio y una historia de fin. Tres de las cuatro historias están en el pasado, y ahora estamos en la cuarta y última historia.

Las tres historias pasadas representan tres testigos de la última generación de la historia de la Tierra. Esas tres historias pasadas identifican a la generación que está representada como los ciento cuarenta y cuatro mil en el libro del Apocalipsis. Hay otras líneas proféticas de la historia que también se refieren a los ciento cuarenta y cuatro mil, pero el número de los ciento cuarenta y cuatro mil contiene el simbolismo profético de que los ciento cuarenta y cuatro mil son aquellos que están proféticamente representados al multiplicar las doce tribus del antiguo Israel literal por los doce discípulos del Israel espiritual moderno.

Como otro ejemplo de Alfa y Omega, los tres ángeles del capítulo catorce de Apocalipsis representan una historia de principio y fin. El movimiento milerita representa la historia inicial de los tres ángeles, y el movimiento de los ciento cuarenta y cuatro mil representa la historia del final del mensaje del tercer ángel. El movimiento alfa anunció la apertura del juicio investigador el 22 de octubre de 1844. El movimiento omega anunció la apertura del juicio de los vivos, identificando su comienzo como el 11 de septiembre.

Un tercer ejemplo de Alfa y Omega, que es fácilmente respaldado por la inspiración, es que al principio, en el movimiento alfa de los milleritas, la parábola de las diez vírgenes se cumplió al pie de la letra. La hermana White identifica la historia de los milleritas en el libro *La Gran Controversia* en el contexto de que dicha parábola se cumplió en ese entonces. Ella enseña que el movimiento omega de los ciento cuarenta y cuatro mil también cumplirá la parábola de las diez vírgenes al pie de la letra. Tres breves testimonios de Cristo que identifican el fin con el principio.

Al principio del antiguo Israel, el Señor entró en pacto con los hebreos, representado por la sangre en los postes de las puertas, lo cual es, por supuesto, la primera mención del Clamor de Medianoche en la Palabra de Dios. El bautismo es un símbolo de una relación de pacto con Cristo, y Pablo nos enseña que los hebreos que salieron de Egipto fueron todos bautizados 'en la "nube" y en el Mar "Rojo"'. Una vez que pasaron al otro lado del mar, se les dio maná, que, entre otras cosas, es un símbolo del sábado del séptimo día en el contexto de ser una prueba.

El "maná" representa su primera prueba y, cuando reprobaron su décima y última prueba al rechazar el mensaje de Josué y Caleb, el Señor los rechazó como su pueblo del pacto e hizo pacto con Josué y Caleb. Cuando finalmente entraron en la Tierra Prometida, el rito de la circuncisión no se practicó en aquellos hombres nacidos durante los cuarenta años, porque el rito se había

suspendido en la rebelión de Kadesh y se reinstuyó en Kadesh justo antes de la entrada. Esta es una firma de Alfa y Omega.

Los cuarenta años de peregrinación por el desierto comenzaron con la rebelión contra el mensaje de Josué y Caleb, y terminaron con la rebelión de Moisés, quien golpeó la Roca y así tergiversó el carácter y la obra de Dios. El comienzo del Israel antiguo ilustra el fin del Israel antiguo.

Al final del Israel antiguo, Jesús, como el “Mensajero del Pacto” de Malaquías capítulo tres, vino a confirmar el “pacto” con muchos por una semana, en cumplimiento del capítulo nueve de Daniel. Como Mensajero del Pacto, Cristo hizo pacto con la iglesia cristiana en ese mismo momento histórico en el que pasó por alto al antiguo pueblo del pacto. Al comienzo del Israel antiguo como pueblo del pacto de Dios, el Señor pasó por alto a un pueblo del pacto anterior e hizo pacto con un nuevo pueblo escogido. Hizo exactamente lo mismo al final del Israel antiguo.

El matrimonio es un símbolo de un pacto, y desde el nacimiento de Cristo hasta la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C., la profecía presenta un divorcio progresivo de Dios respecto del Israel literal antiguo. Entonces, ¿cuándo entró realmente en vigor el divorcio: en su nacimiento, en su muerte, en la lapidación de Esteban o en la destrucción de Jerusalén?

"Mientras tanto, adoradores de todas las naciones acudían al templo que había sido dedicado a la adoración de Dios. Resplandeciente de oro y piedras preciosas, era una visión de belleza y grandeza. Pero Jehová ya no podía hallarse en aquel palacio de hermosura. Israel, como nación, se había divorciado de Dios. Cuando Cristo, cerca del fin de su ministerio terrenal, contempló por última vez el interior del templo, dijo: 'He aquí, vuestra casa os es dejada desierta.' Mateo 23:38. Hasta entonces había llamado al templo la casa de su Padre; pero cuando el Hijo de Dios salió de entre aquellas paredes, la presencia de Dios fue retirada para siempre del templo edificado para su gloria." Hechos de los Apóstoles, 145.

Al día siguiente de la Entrada Triunfal, Cristo proclamó que la casa del judío estaba desolada, y el divorcio quedó finalizado. Así que el divorcio quedó finalizado cuando el sol se puso el día de la Entrada Triunfal.

Jerusalén había sido la hija de Su cuidado, y como un tierno padre llora por un hijo descarriado, así Jesús lloró sobre la ciudad amada. ¿Cómo podré abandonarte? ¿Cómo podré verte condenada a la destrucción? ¿Debo dejarte ir para colmar la copa de tu iniquidad? Un alma tiene tal valor que, en comparación con ella, los mundos se hundan en la insignificancia; pero aquí estaba toda una nación a punto de perderse. Cuando el sol, que rápidamente declinaba hacia el occidente, desapareciera de la vista en los cielos, el día de gracia de Jerusalén habría terminado. Mientras la procesión se detenía en la cima del Monte de los Olivos, aún no era demasiado tarde para que Jerusalén se arrepintiera. El ángel de la misericordia estaba entonces plegando sus alas para descender del trono de oro y dar lugar a la justicia y al juicio que se acercaba con rapidez. Pero el gran corazón de amor de Cristo todavía intercedía por Jerusalén, que había desdeñado Sus misericordias, despreciado Sus advertencias y estaba a punto de manchar sus manos con Su sangre. Si Jerusalén tan solo se arrepintiera, aún no sería demasiado tarde. Mientras los últimos rayos del sol poniente se demoraban sobre el templo, la torre y el pináculo, ¿no la conduciría algún buen ángel al amor del Salvador y

evitaría su condena? ¡Hermosa e impía ciudad, que había apedreado a los profetas, que había rechazado al Hijo de Dios, que por su impenitencia se estaba encadenando en grilletes de esclavitud, su día de misericordia estaba casi agotado!

Una vez más el Espíritu de Dios habla a Jerusalén. Antes de que termine el día, se rinde otro testimonio a Cristo. Se alza la voz del testimonio, respondiendo al llamado de un pasado profético. Si Jerusalén escucha el llamado, si recibe al Salvador que entra por sus puertas, todavía puede salvarse.

Han llegado informes a los gobernantes de Jerusalén de que Jesús se acerca a la ciudad con una gran multitud de gente. Pero no tienen ninguna bienvenida para el Hijo de Dios. Por temor salen a su encuentro, con la esperanza de dispersar a la muchedumbre. Cuando la procesión está a punto de descender del Monte de los Olivos, es interceptada por los gobernantes. Indagan la causa del tumultuoso regocijo. Al preguntar: «¿Quién es este?», los discípulos, llenos del espíritu de inspiración, responden a esta pregunta. Con elocuentes acentos repiten las profecías acerca de Cristo:

"Adán te dirá: Es la simiente de la mujer la que herirá la cabeza de la serpiente."

Pregúntale a Abraham, él te dirá: es 'Melquisedec, rey de Salem', rey de paz. Génesis 14:18.

Jacob te dirá que Él es Shiloh de la tribu de Judá.

Isaías te dirá: 'Emanuel', 'Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz'. Isaías 7:14; 9:6.

Jeremías les dirá: El Vástago de David, 'el Señor, nuestra justicia'. Jeremías 23:6.

Daniel te dirá que Él es el Mesías.

Oseas te dirá: Él es 'el Señor Dios de los ejércitos; el Señor es su memorial'. Oseas 12:5.

Juan el Bautista te dirá: Él es 'el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo'. Juan 1:29.

El gran Jehová ha proclamado desde su trono: «Este es mi Hijo amado.» Mateo 3:17.

Nosotros, sus discípulos, declaramos: Este es Jesús, el Mesías, el Príncipe de la vida, el Redentor del mundo.

Y el príncipe de las potestades de las tinieblas lo reconoce, diciendo: "Sé quién eres, el Santo de Dios." Marcos 1:24. El Deseo de los siglos, 577-579.

La historia de la Entrada Triunfal de Cristo tipificó la historia del Clamor de Medianoche en el período milerita. El pasaje de la hermana White señala que, cuando comenzó la entrada, el pueblo vino bajo la inspiración del Espíritu Santo, y luego Cristo se detuvo y lloró sobre Jerusalén. Después continuó la entrada, y entonces fue confrontado por los dirigentes judíos. Me gustaría aislar ciertos atributos de esta historia para identificar hitos que se repiten en la historia de los mileritas. Pero primero quiero hacer un señalamiento acerca del comienzo y el final. Lo que acabamos de citar de la hermana White representa el final de un capítulo, y el inicio del capítulo siguiente dice lo siguiente.

La entrada triunfal de Cristo en Jerusalén fue la pálida prefiguración de Su venida en las nubes del cielo con poder y gloria, en medio del triunfo de los ángeles y el regocijo de los santos. Entonces se cumplirán las palabras de Cristo a los sacerdotes y fariseos: 'No me veréis de aquí en adelante, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.' Mateo 23:39. En visión profética se le mostró a Zacarías ese día de triunfo final; y también contempló el destino de aquellos que en la primera venida habían rechazado a Cristo: 'Pondrán los ojos en mí, a quien traspasaron, y llorarán por Él como se llora por hijo único, y se afligirán por Él como quien se aflige por su primogénito.' Zacarías 12:10. Esta escena la previó Cristo cuando contempló la ciudad y lloró sobre ella. En la ruina temporal de Jerusalén Él vio la destrucción final de aquel pueblo que era culpable de la sangre del Hijo de Dios.

Los discípulos vieron el odio de los judíos hacia Cristo, pero aún no veían adónde conduciría. Todavía no entendían la verdadera condición de Israel, ni comprendían la retribución que había de caer sobre Jerusalén. Esto Cristo se lo reveló mediante una significativa lección ilustrativa.

El último llamamiento a Jerusalén había sido en vano. Los sacerdotes y gobernantes habían oído la voz profética del pasado, repetida por la multitud, en respuesta a la pregunta: '¿Quién es este?', pero no la aceptaron como la voz de la Inspiración. Con ira y asombro trataron de silenciar al pueblo. Había oficiales romanos entre la muchedumbre, y ante ellos sus enemigos denunciaron a Jesús como el cabecilla de una rebelión. Afirmaron que estaba a punto de tomar posesión del templo y reinar como rey en Jerusalén. El Deseo de las Edades, 580.

El punto que no quería pasar por alto es que la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén tipifica no solo el Clamor de Medianoche de la historia milerita, sino también el fin del mundo. Está asociada con el regreso de Cristo al comienzo del milenio del capítulo veinte de Apocalipsis y también con su regreso con la Nueva Jerusalén al final del milenio. También se asocia con la muerte de los impíos en su segunda venida y con su juicio final al final del milenio. El inicio del último párrafo dice: "El último llamamiento a Jerusalén había sido en vano. Los sacerdotes y gobernantes habían oído la voz profética del pasado, repetida por la multitud, en respuesta a la pregunta: '¿Quién es este?', pero no la aceptaron como la voz de la Inspiración."

El último llamado fue en vano, y ese llamado fue presentado como "la voz profética del pasado". La multitud en los días de Cristo rechazó su último llamado, pues rechazó el consejo de Jeremías de volver a las sendas antiguas. También rechazaron la metodología de línea sobre línea, pues los discípulos habían respondido a la pregunta "¿Quién es este?" reuniendo varios testigos, línea sobre línea, un poco aquí y otro poco allá.

Cuando Cristo inicia la entrada en Jerusalén, se detiene por el camino. Comienza con el cumplimiento de la profecía cuando los discípulos consiguen el asno para que Cristo lo monte. Él nunca había montado un animal, y el animal nunca había sido montado. La lógica señala un milagro, pues ¿qué animal acepta a un jinete a la primera, y quién sabría cómo arreglárselas para montar un asno que nunca ha sido montado? Esto es similar a cuando los filisteos colocaron una ofrenda en la carreta, junto con el Arca, y uncieron a dos vacas que estaban amamantando terneros y que nunca habían tirado de una carreta, y ellas inmediatamente abandonaron a los terneros y emprendieron el viaje para devolver el Arca a los hebreos. El Arca va camino de Jerusalén, y

cuando David por fin la introduce en Jerusalén, prefigura la entrada triunfal de Cristo.

Una vez que Cristo se montó en el asno, la gente comenzó a cubrir la calle con sus mantos, cortando ramas de palma, y se oyeron los gritos: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!” (Mateo 21:9) Los líderes se resistieron y pidieron a Jesús que hiciera callar a la multitud. Siguieron adelante y Jesús se detuvo a llorar por la humanidad perdida, representada por Jerusalén. Luego la procesión continuó y los líderes volvieron a interceder, exigiendo saber quién era Jesús. Entonces los discípulos respondieron con el testimonio, línea sobre línea, de los profetas.

La historia que ahora estamos considerando estuvo precedida por la resurrección de Lázaro, que marca la primera decepción en la línea profética ilustrada en la parábola de las diez vírgenes, y por Uzzah tocando el Arca, en la línea de la entrada triunfal de David en Jerusalén. La primera decepción está asociada con un tiempo de tardanza, y Cristo se tardó cuando oyó por primera vez que Lázaro estaba enfermo, así como David se tardó al dejar el Arca donde Uzzah murió hasta que más tarde la recuperó. Lázaro murió, y después fue resucitado. Lázaro es quien después guía el asno en el que Jesús cabalga hacia Jerusalén.

En la historia millerita, el segundo ángel llegó el 19 de abril de 1844, en el primer chasco, lo que marcó el comienzo del tiempo de tardanza. A partir de entonces, Samuel Snow comenzó a desarrollar progresivamente el mensaje del Clamor de Medianoche. El desarrollo progresivo de ese mensaje está representado por la entrada de Cristo en Jerusalén. La progresión de la obra de Snow también está representada en los viajes del Arca, desde los filisteos, al carro, a Uza y, finalmente, a Jerusalén.

La entrada comienza con una proclamación del pueblo cuando los líderes le dijeron a Cristo que hiciera callar a la multitud, seguida por el llanto de Cristo, y luego la proclamación de los discípulos cuando los líderes obstinados preguntaron quién era Cristo. La manifestación de la inspiración en el pueblo que provocó la primera respuesta de los líderes obstinados se repite en los discípulos cuando presentaron «línea sobre línea» una multitud de testimonios proféticos del pasado. Cuando se puso el sol ese día, el antiguo Israel quedó divorciado de Dios.

En esa historia se nos informa que los discípulos no "comprendieron la retribución que iba a caer sobre Jerusalén". La "retribución" que iba a "caer sobre Jerusalén" fue ilustrada a los discípulos mediante "una lección objetiva significativa". La lección objetiva significativa fue la maldición de la higuera. La destrucción de Jerusalén, que los discípulos aún no comprendían, fue ilustrada por la maldición de la higuera, y también por la parábola que Cristo había enseñado anteriormente acerca de la higuera.

La advertencia es para todos los tiempos. El acto de Cristo al maldecir el árbol que Su propio poder había creado se erige como una advertencia para todas las iglesias y para todos los cristianos. Nadie puede vivir la ley de Dios sin servir a los demás. Pero hay muchos que no viven la vida misericordiosa y desinteresada de Cristo. Algunos que se consideran excelentes cristianos no entienden en qué consiste el servicio a Dios. Planean y estudian para complacerse a sí mismos. Actúan únicamente pensando en sí mismos. El tiempo tiene valor para ellos solo

en la medida en que pueden acumular para sí. En todos los asuntos de la vida, este es su objetivo. No sirven a otros, sino a sí mismos. Dios los creó para vivir en un mundo donde debe realizarse un servicio desinteresado. Los destinó a ayudar a sus semejantes de todas las maneras posibles. Pero el yo es tan grande que no pueden ver nada más. No están en contacto con la humanidad. Los que así viven para sí mismos son como la higuera, que hacía toda ostentación, pero era estéril. Observan las formas del culto, pero sin arrepentimiento ni fe. De palabra honran la ley de Dios, pero carecen de obediencia. Dicen, pero no hacen. En la sentencia pronunciada sobre la higuera, Cristo demuestra cuán odiosa es a Sus ojos esta vana pretensión. Declara que el pecador manifiesto es menos culpable que aquel que profesa servir a Dios, pero que no lleva fruto para Su gloria.

La parábola de la higuera, pronunciada antes de la visita de Cristo a Jerusalén, estaba directamente relacionada con la lección que Él enseñó al maldecir el árbol infructífero. El Deseado de todas las gentes, 584.

Después del último enfrentamiento con los líderes, Jesús se retiró a orar durante toda la noche; luego, por la mañana, al pasar junto a la higuera, la maldijo.

No era temporada de higos maduros, salvo en ciertos parajes; y en las tierras altas alrededor de Jerusalén bien podía decirse: 'Aún no era tiempo de higos'. Pero en el huerto al que llegó Jesús, un árbol parecía haberse adelantado a todos los demás. Ya estaba cubierto de hojas. Es propio de la higuera que, antes de que se abran las hojas, aparezca el fruto en crecimiento. Por lo tanto, esta higuera en pleno follaje prometía un fruto bien desarrollado. Pero su apariencia era engañosa. Al buscar entre sus ramas, desde la más baja hasta la ramita más alta, Jesús encontró 'nada más que hojas'. Era una masa de follaje ostentoso, nada más.

Cristo pronunció contra ella una devastadora maldición. «Nunca jamás coma nadie fruto de ti en adelante, para siempre», dijo. A la mañana siguiente, cuando el Salvador y Sus discípulos iban de nuevo camino hacia la ciudad, las ramas marchitas y las hojas lacias llamaron su atención. «Maestro», dijo Pedro, «mira, la higuera que maldijiste se ha secado».

El acto de Cristo al maldecir la higuera había asombrado a los discípulos. Les parecía ajeno a Sus caminos y obras. A menudo Lo habían oído declarar que Él no vino para condenar al mundo, sino para que el mundo por medio de Él fuese salvo. Recordaban Sus palabras: «El Hijo del Hombre no ha venido para destruir las vidas de los hombres, sino para salvarlas». Lucas 9:56. Sus obras maravillosas habían sido hechas para restaurar, nunca para destruir. Los discípulos Lo habían conocido solo como el Restaurador, el Sanador. Este acto se destacaba como único. ¿Cuál era su propósito? se preguntaban.

Dios 'se deleita en la misericordia'. 'Vivo yo, dice el Señor Dios, que no me complazco en la muerte del impío'. Miqueas 7:18; Ezequiel 33:11. Para Él, la destrucción y el anuncio del juicio son una 'obra extraña'. Isaías 28:21. Pero por misericordia y amor Él levanta el velo del futuro y revela a los hombres los resultados de un camino de pecado.

"La maldición de la higuera fue una parábola en acción. Aquel árbol estéril, ostentando su pretencioso follaje delante mismo de Cristo, era símbolo de la nación judía. El Salvador deseaba dejar claro a sus discípulos la causa y la certeza de la ruina de Israel. Con este

propósito dotó al árbol de cualidades morales y lo convirtió en exponente de la verdad divina. Los judíos se destacaban como distintos de todas las demás naciones, profesando lealtad a Dios. Habían sido especialmente favorecidos por Él, y reclamaban para sí una justicia superior a la de cualquier otro pueblo. Pero estaban corrompidos por el amor al mundo y el afán de lucro. Se jactaban de su conocimiento, pero ignoraban las exigencias de Dios, y estaban llenos de hipocresía. Como el árbol estéril, extendían en lo alto sus pretenciosas ramas, lozanas en apariencia y hermosas a la vista, pero no daban 'nada más que hojas.' La religión judía, con su magnífico templo, sus altares sagrados, sus sacerdotes mitrados y ceremonias impresionantes, era en verdad hermosa en su apariencia exterior, pero carecía de humildad, amor y benevolencia." El Deseo de las Edades, 581, 582.

Comenzamos planteando dos preguntas que estamos en proceso de responder. Esas preguntas fueron: "¿Por qué comenzó el juicio de los vivos el 11 de septiembre? ¿Qué es el juicio bíblico de los vivos?"

Las pocas líneas de profecía que acabamos de establecer son testimonios bíblicos del juicio de los vivos. Esas líneas de profecía abordan mucho más que simplemente el "ABC" del juicio, pero primero estamos respondiendo a las preguntas sobre el 11 de septiembre y sobre el juicio de los vivos.

'Miré', dice el profeta Daniel, 'hasta que fueron puestos tronos, y se sentó uno que era el Anciano de Días: su vestidura era blanca como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana pura; su trono era como llamas de fuego, y sus ruedas eran fuego ardiente. Un río de fuego salía y procedía de delante de Él: millares de millares le servían, y diez mil veces diez mil estaban en pie delante de Él: el tribunal se sentó, y los libros fueron abiertos.' Daniel 7:9, 10, R.V.

Así se presentó a la visión del profeta el gran y solemne día en que los caracteres y las vidas de los hombres habrían de ser examinados ante el Juez de toda la tierra, y a cada uno se le daría 'conforme a sus obras'. El Anciano de Días es Dios el Padre. Dice el salmista: 'Antes que nacieran los montes, o antes de que hubieras formado la tierra y el mundo, desde la eternidad y hasta la eternidad, tú eres Dios.' Salmo 90:2. Es Él, la fuente de todo ser y el manantial de toda ley, quien ha de presidir el juicio. Y los ángeles santos, como ministros y testigos, en número 'diez mil veces diez mil, y millares de millares', asisten a este gran tribunal.

‘Y he aquí, con las nubes del cielo venía uno como Hijo de hombre; llegó hasta el Anciano de Días, y lo acercaron delante de Él. Y le fue dado dominio, gloria y un reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que no pasará.’ Daniel 7:13, 14. La venida de Cristo aquí descrita no es Su segunda venida a la tierra. Él se presenta ante el Anciano de Días en el cielo para recibir dominio, gloria y un reino, que le serán dados al concluir Su obra como mediador. Es esta venida, y no Su segundo advenimiento a la tierra, la que fue predicha en profecía para tener lugar al término de los 2300 días en 1844.

Acompañado por ángeles celestiales, nuestro gran Sumo Sacerdote entra en el lugar santísimo y allí aparece en la presencia de Dios para llevar a cabo los últimos actos de Su ministerio en favor del hombre: realizar la obra del juicio investigador y efectuar una expiación por todos aquellos de quienes se demuestre que tienen derecho a sus beneficios.

En el servicio típico, solo los que habían venido ante Dios con confesión y arrepentimiento, y cuyos pecados, mediante la sangre de la ofrenda por el pecado, habían sido transferidos al santuario, tenían parte en el servicio del Día de la Expiación. Así, en el gran día de la expiación final y del juicio investigador, los únicos casos considerados son los del pueblo profeso de Dios. El juicio de los impíos es una obra distinta y separada, y tiene lugar en un período posterior. "El juicio debe comenzar por la casa de Dios; y si comienza primero por nosotros, ¿cuál será el fin de los que no obedecen al evangelio?" 1 Pedro 4:17.

Los libros de registro en el cielo, en los que están registrados los nombres y las obras de los hombres, han de determinar las decisiones del juicio. Dice el profeta Daniel: 'El juicio fue establecido, y los libros fueron abiertos.' El revelador, describiendo la misma escena, añade: 'Se abrió otro libro, que es el libro de la vida; y los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.' Apocalipsis 20:12.

El libro de la vida contiene los nombres de todos los que alguna vez han entrado en el servicio de Dios. Jesús dijo a sus discípulos: "Regocijaos, porque vuestros nombres están escritos en el cielo". Lucas 10:20. Pablo habla de sus fieles colaboradores, "cuyos nombres están en el libro de la vida". Filipenses 4:3. Daniel, contemplando "un tiempo de angustia, cual nunca fue", declara que el pueblo de Dios será librado, "todo aquel que sea hallado escrito en el libro". Y el revelador dice que solo entrarán en la ciudad de Dios aquellos cuyos nombres "están escritos en el libro de la vida del Cordero". Daniel 12:1; Apocalipsis 21:27.

"'Un libro de memoria' está escrito delante de Dios, en el cual se registran las buenas obras de 'los que temían al Señor y pensaban en su nombre'. Malaquías 3:16. Sus palabras de fe, sus actos de amor, están registrados en el cielo. Nehemías se refiere a esto cuando dice: 'Acuérdate de mí, oh Dios mío, ... y no borres mis buenas obras que he hecho para la casa de mi Dios'. Nehemías 13:14. En el libro de la memoria de Dios toda obra de justicia queda inmortalizada. Allí, toda tentación resistida, todo mal vencido, toda palabra de tierna compasión expresada, se consigna fielmente. Y todo acto de sacrificio, todo sufrimiento y pesar soportado por causa de Cristo, queda registrado. Dice el salmista: 'Tú cuentas mis andanzas; pon mis lágrimas en tu redoma: ¿acaso no están en tu libro?' Salmo 56:8."

Hay también un registro de los pecados de los hombres. "Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala." "De toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio." Dice el Salvador: "Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado." Eclesiastés 12:14; Mateo 12:36, 37. Los propósitos y motivos secretos aparecen en el registro infalible; porque Dios "sacará a la luz lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones." 1 Corintios 4:5. "He aquí que está escrito delante de mí, ... vuestras iniquidades, y las iniquidades de vuestros padres juntamente, dice el Señor." Isaías 65:6, 7.

La obra de cada ser humano pasa en revista ante Dios y se registra como fidelidad o infidelidad. Frente a cada nombre en los libros del cielo se consigna, con terrible exactitud, cada palabra indebida, cada acto egoísta, cada deber incumplido y todo pecado secreto, con todo disimulo artificioso. Las advertencias o reprensiones enviadas del cielo desatendidas, los momentos desperdiciados, las oportunidades no aprovechadas, la influencia ejercida para bien

o para mal, con sus resultados de largo alcance, todo queda registrado por el ángel registrador.

La ley de Dios es la norma por la cual el carácter y la vida de los hombres serán examinados en el juicio. Dice el sabio: 'Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque este es el deber de todo hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio.' Eclesiastés 12:13, 14. El apóstol Santiago amonesta a sus hermanos: 'Hablad así y haced así, como quienes han de ser juzgados por la ley de la libertad.' Santiago 2:12.

Los que en el juicio sean 'tenidos por dignos' tendrán parte en la resurrección de los justos. Jesús dijo: "Los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel mundo y la resurrección de entre los muertos, ... son iguales a los ángeles; y son hijos de Dios, por ser hijos de la resurrección." Lucas 20:35, 36. Y de nuevo declara que "los que hicieron lo bueno" saldrán "a resurrección de vida". Juan 5:29. Los muertos justos no serán resucitados hasta después del juicio en el cual sean tenidos por dignos de "la resurrección de vida". Por lo tanto, no estarán presentes en persona en el tribunal cuando se examinen sus registros y se decidan sus casos.

Jesús se presentará como su abogado para abogar en su favor ante Dios. 'Si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.' 1 Juan 2:1. 'Porque Cristo no entró en los lugares santos hechos por manos, que son figuras de lo verdadero; sino en el cielo mismo, para presentarse ahora en la presencia de Dios por nosotros.' 'Por lo cual puede también salvar por completo a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.' Hebreos 9:24; 7:25.

Cuando se abren los libros de registro en el juicio, las vidas de todos los que han creído en Jesús son examinadas ante Dios. Comenzando con los que primero habitaron la tierra, nuestro Abogado presenta los casos de cada generación sucesiva y concluye con los vivos. Se menciona cada nombre; cada caso es investigado minuciosamente. Unos nombres son aceptados, otros rechazados. Cuando hay quienes tienen pecados que permanecen en los libros de registro, no arrepentidos ni perdonados, sus nombres serán borrados del libro de la vida, y el registro de sus buenas obras será borrado del libro de la memoria de Dios. El Señor declaró a Moisés: 'Al que pecare contra mí, a ése borraré de mi libro.' Éxodo 32:33. Y dice el profeta Ezequiel: 'Cuando el justo se apartare de su justicia y cometiere iniquidad, ... toda su justicia que había hecho no le será recordada.' Ezequiel 18:24. El conflicto de los siglos, 479-483.

Continuaremos este estudio y responderemos las preguntas planteadas en el próximo artículo de esta serie.